

Cuba: Críticas y autocríticas

ANDRÉ CORTEN

Los intelectuales franceses muestran su disgusto ante la Revolución cubana. El hecho no es reciente. Al principio, la crítica se basa en análisis políticos o en técnicas concisas. En 1967, Joshua¹ pone en evidencia “la reproducción de la inadecuación de las formas subyacentes y explícitas de las relaciones de producción” en Cuba, Bettelheim, un año más tarde, resume en una carta a Sweezy su profundo estudio (inédito) sobre *Révolution socialiste et lutttes idéologiques*. La práctica política de la Revolución cubana “está ligada, a la dominación política de una fracción ‘radicalizada’ de la pequeña burguesía”.²

Ya sea que se refiera al asunto de Douglas Bravo, a la publicación de libros de Dumont y Karol o al fracaso de la cosecha de diez millones, la prensa liberal francesa se hace cada vez más el eco de críticas severas a la Revolución cubana.

A estas críticas del exterior, los dirigentes cubanos responden alternativamente con amonestaciones a los intelectuales de Roma y de París que se erigen en jueces de la revolución y con auto-críticas, de las cuales el discurso del 26 de julio de 1970 constituye el ejemplo más conocido. Algunos meses más tarde estalla la tempestad. Arrestan a Padilla. Puesto en libertad después de varias semanas, pronuncia una confesión acusándose “de haber difamado cada una de las iniciativas de la revolución” y acusando a K. S. Karol y René Dumont como agentes de la CIA. Los intelectuales franceses y extranjeros creen que es “su deber expresar su vergüenza y su cólera”.

Se ha consumado la ruptura. De una crítica científica y política se ha pasado a una condena global por un lado y por el otro. Sin embargo, sucede que la Revolución cubana está lejos de ser un fenómeno monolítico. Por el contrario, la lucha de clases continúa manifestándose con agudeza. Las ambigüedades y contradicciones que se pueden destacar en los discursos

de Fidel Castro expresan bien que esta lucha sigue ejerciéndose a nivel político.

En este contexto nos parece importante, a la luz principalmente del discurso del 26 de julio de 1970, analizar las críticas expresadas en las obras de Karol y de Dumont.

Fidel Castro ha reconocido varios de los errores señalados por Karol y Dumont. Pero en vez de inferir estos errores para emitir un juicio sobre la Revolución cubana, como lo hacen en buena hora los dos autores, hemos considerado que es preciso relacionarlos a las condiciones objetivas del desarrollo de las estructuras económicas y sociales. La mayor parte de los errores cometidos en Cuba pueden, según nosotros, explicarse a partir de las dificultades experimentadas por las formaciones sociales periféricas en la construcción de nuevas relaciones de producción. Creemos que la estrategia del desarrollo adoptada por los cubanos es la propia para vencer estas dificultades. La contradicción entre las dificultades enfrentadas y la estrategia se expresa en Cuba en una lucha de clases cuyas bases hay que tratar de desprender si se quiere hacer una apreciación correcta sobre las oportunidades de éxito de una revolución proletaria.

El discurso del 26 de julio

Nuestros enemigos dicen que tenemos dificultades, y en esto nuestros enemigos tienen razón. Dicen que tenemos problemas y en realidad, nuestros enemigos tienen razón. Dicen que hay descontento y tienen razón. Dicen que hay irritación y en realidad, tienen razón nuestros enemigos.

La autocrítica del Primer Ministro cubano casi adopta el giro de una subasta. Seguramente, no en relación a las informaciones delirantes que los servicios de inteligencia americanos habían tenido a bien difundir en el transcurso de la campaña electoral en Chile. Pero el cuadro que desempolva parece ser más negro aún que lo que el lector hubiera pensado después de haber volteado la última página de los libros de René Dumont y de K. S. Karol.³

Producción: en 1970, la colecta de leche baja 25% en relación al mismo periodo de 1969. En relación al año de 1968, la producción de pan baja 2%, la de barras de acero 38%, la de carne de res 4% y la de cementos 23%. Los cebos, las pastas alimenticias, los jabones y detergentes, las llantas, los acumuladores acusan, en relación al plan, un retardo respectivo de 32, 11, 32, 50 y 33%. Todos estos fracasos se agregan al fracaso de la "zafra" gigante: 8 535 261 de toneladas en vez de 10 millones.

Consumo: Se han registrado aumentos en la distribución de pescado y huevos, así como en la distribución de arroz cuya cuota ha pasado a 6 libras

por persona por mes. Por otra parte, los retrasos en la distribución y las restricciones han surgido para verduras, frutas, carne de res y de aves de corral, las grasas, las habichuelas, la cerveza y las bebidas alcohólicas, la ropa y los artículos de baño.

Nada de complacencia para minimizar la amplitud del fracaso. Nada de pretextos falsos. Autocrítica. El discurso también critica la administración y los cuadros del partido. Hace un llamado a una mayor participación del pueblo, a una mayor democracia en el manejo de las unidades de producción.

Dos libros resonantes

Los hechos están presentes, los secretos de la economía han sido revelados a la luz del día; ¿cómo interpretarlos? En primer lugar, ¿se trata acaso de un fracaso relativo en relación a planes demasiado optimistas, o se trata al contrario de un retroceso absoluto? A pesar de las desiluciones, ¿es sana la economía cubana o hay que ver en el fracaso de este año el fracaso de una estrategia de desarrollo? En segundo lugar, ¿cómo explicar la falta de organización que parece afectar en forma tan cruel a la Revolución cubana tanto en materia económica como política y esto a más de diez años después del triunfo de la rebelión. Uno tiene derecho a esperar de René Dumont y de K. S. Carol aclaraciones sobre estas dos preguntas.

René Dumont y K. S. Karol fueron invitados a Cuba personalmente por Fidel Castro; ni el uno ni el otro pierden la oportunidad de informar al lector. Para los dos no es su primera estancia en la isla del Caribe; en fechas diferentes, han efectuado cuatro viajes. Ambos, dicen ellos, han sido animados por las mejores intenciones hacia Cuba. “Nuestros análisis... han sido hechos en un espíritu de solidaridad para con la Revolución cubana: están grabados con una simpatía profunda hacia este país”, advierte Karol en su prefacio (p. 9). Dumont habla de “críticas constructivas”.

Claro que este último tiene una forma sumamente personal de expresar su simpatía y de formular críticas constructivas. Se traduce en un reproche paternal respecto a Fidel Castro. Se le acusa de cambios bruscos de humor, de no saber delegar sus responsabilidades, de tener una formación científica que deja que desear, de tener la mentalidad de un caballero español orgulloso, de vivir como un gran señor que recompensa en forma igualmente señorial a sus allegados. Pero no nos equivocamos, todo esto, según Dumont, parte de una voluntad innegable de hacer el bien; Fidel Castro “siempre busca aprender, se esfuerza” (201), es una “persona de excepción” que pudiera convertirse en alguien “absolutamente excepcional, si supiera dominarse mejor, escuchar y meditar más, dejar de prometer la luna...” (164). En fin, no nos detengamos en este estilo “de un viejo profesor de la vieja

Europa, que había de desempeñar dicho trabajo en el marco de sus tradiciones universitarias” (14).

Karol no es profesor. A través de su relato henchido de anécdotas, no disimula ni su simpatía por la Revolución cubana ni su fascinación por su líder. Pero esta simpatía no debe pesar sobre su juicio: “¿no es la verdad siempre revolucionaria?” (9). Su larga experiencia del mundo comunista lo conduce a comparaciones constantes con la Unión Soviética y China; no hay necesidad entonces de agresividad. Las lecciones de la historia que cree poder sacar endosarán las críticas que el autor ha de formular. En contraposición al libro de Dumont, el estilo es convincente.

La opción azucarera

A cada quien lo suyo: el azúcar. ¿Qué pensar de la estrategia azucarera? Para Karol, la elección del objetivo de diez millones era desde el principio una opción política (405). Para Dumont, se trata de un “récord deportivo” (108). Para ambos, esta elección no es razonable desde el punto de vista económico. El análisis de Karol se basa en los datos suministrados por Gutelman⁴ y reconsiderados por Sweezy y Huberman.⁵ Según estas cifras, que provienen de un cálculo estimativo preliminar del Ministerio cubano del azúcar, para pasar de la capacidad de producción de 7 millones de toneladas a 10 millones, sería necesaria una inversión de 1 020 millones de dólares. Estas cifras fueron publicadas en 1965 y corresponden, además, a la estimación de Orlando Borrego Díaz publicada en *Cuba Socialista* el mismo año.⁶

El argumento de Karol se desglosa en tres partes. En primer lugar, dice, “en el transcurso de la ejecución del plan, estas cifras han sido evidentemente revisadas, y tenemos ciertos motivos para suponer que el presupuesto de inversión ha sido aumentado más bien que disminuido” (421). Después, el plan azucarero tiene como consecuencia final involucrar a Cuba en un mecanismo infernal de transformación de dólares en rublos.

Puesto que los bienes de equipo fueron comparados en su mayoría con dólares, mientras que el azúcar se venderá principalmente a los países socialistas, por lo tanto en divisas no-convertibles “serán necesarios más años para reembolsar las deudas con esta partida solamente” (420). En fin, tomando una vez más las cifras de Huberman y Sweezy, Karol recalca que si era necesario tener 300 millones de dólares para aumentar la producción de 7 a 8.5 millones de toneladas, eran necesarios 700 millones adicionales para alcanzar los diez millones, y por lo tanto la rentabilidad de la inversión correspondiente al último millón y medio de toneladas era muy débil. Ciertamente sería entablar pleito con Karol basar las críticas en estos argumentos técnicos si no los utilizara precisamente para apuntalar esta tesis,

muy compartida según la cual al adoptar la opción azucarera, Cuba simplemente no hacía sino cambiar de polo de dependencia, la URSS substituiría a los Estados Unidos.

Pasemos rápidamente al primer argumento donde Karol nos recompensa con un razonamiento, por analogía, particularmente débil. No es porque los países socialistas por lo general no pueden controlar sus inversiones por lo que debe ocurrir lo mismo automáticamente en Cuba. En efecto, en relación al plan de 1965, se han efectuado revisiones, y estas revisiones tienden hacia una restricción: abandono de la construcción de tres nuevos ingenios azucareros (evaluados en 75 millones de dólares), pero sobre todo, una mecanización más débil que la prevista para el sector agrícola (para el cual se había adjudicado la suma fantástica de 465 millones de dólares). Por lo tanto, es verosímil que el monto de las inversiones realizadas en 1970 haya sido inferior a 1 000 millones de dólares; la revista *Bohemia*⁷ cita la cifra de 800 millones.

En segundo término, es falso decir que Cuba tenga necesidad de más años para recuperar los desembolsos de las inversiones azucareras en divisas convertibles. Éstos no se elevan, según Gutelman mismo, sino el 15% de las inversiones totales importadas. Todo esto, por lo tanto, hace pensar que se pudieran cubrir principalmente por la sola receta de venta en el mercado mundial de este año.

En el fondo, este argumento merece sin embargo un examen más atento. ¿Se puede limitar el análisis de la opción azucarera a sus implicaciones comerciales? ¿No es el problema saber si, en cuanto a la estructura de la economía cubana, el plan azucarero responde a una estrategia razonable que permita, mediante el eslabecimiento de una nueva organización de la economía y de nuevas relaciones de producción, eliminar los obstáculos contra el desarrollo heredados de la época prerrevolucionaria? ¿No es también en relación a esta estrategia, más que a través de un cálculo marginalista, como conviene apreciar la rentabilidad de la inmensa cantidad de dólares invertidos en el sector azucarero?

Se sabe que toda la economía cubana estaba hasta 1959 dominada por la organización de la producción azucarera, que se caracterizaba por el latifundismo y por un empobrecimiento extremo de los trabajadores. Esta organización tenía como efecto esterilizar el desarrollo de los otros sectores de la agricultura, acaparando las mejores tierras para el sector azucarero, y frenando notablemente el desarrollo industrial por la ausencia de un mercado interior. Desde José Martí, el monocultivo se consideraba por este motivo como la fuente de todos los males. Era necesario suprimir el monocultivo, diversificar la agricultura, poner en marcha un proceso de desarrollo industrial. Y es esto justamente lo que se proponían hacer los dirigentes

cubanos desde el triunfo de la revolución. Es también la estrategia de desarrollo que fue sostenida durante los primeros años de la revolución.

Es sabido que desde 1963, se operó un giro fundamental. Karol no parece haberse planteado el por qué de este giro. Se contenta con referirse al acuerdo firmado con la URSS en enero de 1964 (405), que abría una salida extraordinaria a la producción azucarera cubana.

Sin embargo, el análisis de los cubanos había sido particularmente lúcido en este asunto. En su reflexión sobre la estrategia del desarrollo económico, habían pasado de una concepción ideológica del monocultivo a una concepción científica. Ésta derivaba de un examen de los resultados de la política económica de diversificación, llevada hasta entonces. Es hora de explicar a un nivel teórico las lecciones de la historia del monocultivo en Cuba.

Es cierto que el sector azucarero había sido un poderoso obstáculo a la diversificación agrícola y el desarrollo industrial, y de manera general, para el desarrollo económico. Pero no es cierto que este obstáculo esté ligado al hecho de que se trata de un solo cultivo. Porque es preciso ser claro: la caña de azúcar sólo cubría una pequeña parte del territorio cubano; no cubría ni la mitad de los plantíos azucareros. Por lo tanto, no es porque no hubiera más tierras disponibles para otros cultivos por lo que toda diversificación de la agricultura resultaba un fracaso, sino fundamentalmente porque la organización de la producción azucarera esterilizaba tierras fértiles pero no utilizadas.

La dependencia comercial en cuanto al exterior, sobre todo en lo que se refiere a Estados Unidos, tampoco constituía un obstáculo —cuando menos directo— para la diversificación; y si durante muchos años, ha constreñido a las compañías azucareras a distribuir salarios de miseria —y por lo tanto frenaba el desarrollo de un mercado interior— se debe a que esta dependencia comercial ocurría en el marco de las relaciones de producción internacional que, en el plan interno, impiden toda mecanización del trabajo agrícola. ¿Qué debe decirse? La dependencia comercial había favorecido el establecimiento de una estructura de clase oligarcoimperialista que había hipertrofiado las inversiones especulativas y comerciales, impidiendo toda racionalización del trabajo y solamente dejando a corto plazo —en periodo de precio bajo del azúcar— una posibilidad a las compañías azucareras: una sobreexplotación del factor trabajo.

En el caso de Cuba, esta sobreexplotación de la mano de obra no había sido posible sino por el desarrollo de un latifundismo destinado a privar a los trabajadores de toda fuente alternativa de trabajo. El latifundismo no respondía, pues, a las exigencias de explotación a gran escala de la producción azucarera, sino a un modo particular de organización determinado por la estructura de clase oligarcoimperialista.

Hasta que se compruebe que la dependencia comercial en cuanto a la URSS refuerza el mantenimiento de una estructura de clase análoga, no se puede comprender bien por que la "dependencia" comercial sea un mal en sí. Aun suponiendo que la dependencia política frente a la URSS contribuye al surgimiento de una clase burguesa —punto que está muy lejos de ser comprobado por Karol o por Dumont— la dependencia comercial no actuará más como un factor de bloqueo del desarrollo. La mecanización del trabajo agrícola que, aunque más lenta de lo previsto, es indiscutible, permitiría a largo plazo un enderezamiento notable de las condiciones de cambio a favor de Cuba. Pero lo que sigue siendo cierto es que (en la ocurrencia) no basta suprimir las relaciones de producción internacionales desarrolladas por el capitalismo monopolista americano para que la producción azucarera —mantenida como producción principal— no ejerza más sus efectos de bloqueo sobre el desarrollo económico. Es preciso, además, cambiar radicalmente la forma de la organización azucarera sobre el conjunto de la economía cubana.

Se presentaban dos posibilidades: ya sea reducir la producción azucarera al rango de actividad secundaria —solución que había adoptado involuntariamente Haití en el momento de su independencia— ya sea transformar completamente las relaciones de producción del sector azucarero. Sería demasiado largo especificar la naturaleza de estas relaciones de producción. Para ir a lo esencial, digamos que se caracterizara por una disparidad total entre la socialización del trabajo en el sector industrial y en el sector agrícola. Se concretizaba por un contraste muy evidente entre la automatización intensa en los ingenios y la organización arcaica del trabajo de corte de la caña. Esta disparidad inducía a contradicciones dentro y fuera del sector azucarero, contradicciones que continuaban manifestándose después de 1959 a pesar del cambio ocurrido en la propiedad jurídica de los medios de producción.

El cambio radical de las relaciones de producción en el sector azucarero exigía inversiones en el sector agrícola, en el sector industrial y en el sector del transporte, puesto que era necesario cambiar la naturaleza misma de las relaciones entre diferentes sectores. No bastaba con mecanizar la agricultura. Era necesario también cambiar radicalmente toda la red de transportes, reformar la repartición de cañaverales en relación a las centrales y en fin, reorientar la utilización de las capacidades productivas de los ingenios. Uno se puede preguntar en qué condiciones estas inversiones podrían ser productivas. ¿Se puede uno imaginar que la realización de inversiones tan importantes hayan sido rentables y socialmente aceptables en una producción que se hubiera mantenido a su nivel normal, es decir, a 7 millones de toneladas? Se tomó la decisión de producir más, de producir mucho más. Las inversiones necesarias para pasar de 7 a 8.5 millones de toneladas

y de 8.5 a 10 millones de toneladas fueron evaluadas, respectivamente, en 300 y 700 millones de pesos. La rentabilidad de dichas inversiones no se puede apreciar únicamente en relación a los millones de toneladas adicionales, sino al conjunto de la producción y aun al conjunto de la economía.

El recurso a trabajadores voluntarios

El plan azucarero sin embargo presenta un problema, pero se trata de un problema *ex post*. ¿Por qué la profunda mecanización de la agricultura no ha permitido que la masa de mano de obra utilizada fuese reducida? ¿Por qué, en vez de los 150 000 cortadores previstos, hay evidentemente que estimar su número en la zafra de 1970, como de 400 000? ¿Por qué no se realizaron todas las inversiones necesarias para la mecanización del trabajo agrícola?

Karol nos gratifica con el largo desarrollo del genial invento de Nikita Khrushchov: la máquina soviética para cortar caña. Parece atribuir al bajo grado de mecanización de la agricultura azucarera su fracaso rotundo. Al hacer esto, hace caso omiso de los tipos de mecanización intermediarios, sobre todo los "centros de acopio" que permiten, sin embargo, aumentar la productividad de los cortadores de caña en un 240% más o menos. Generalizados al conjunto de la agricultura azucarera, habrían verdaderamente permitido realizar la zafra gigante de los 10 millones con 250 000 trabajadores.

Pero Karol no se detiene en los detalles. Aunque acepta introducir algunos factores correctivos a su evaluación, la colecta azucarera debería haber movilizado, según él, 4 millones de trabajadores. Citémosle:

Esta norma [de corte jornalero de caña por machetero] se fija en la actualidad en 100 arrobas por día [o sea alrededor de 1250 kilos]; es más o menos el 25% del rendimiento de un buen machetero profesional de antes de la revolución. Y aun este nivel parece difícil de alcanzar por la mayor parte de los ciudadanos; su productividad ha sido evaluada en La Habana en 60-80 arrobas por día. Estas cifras (de fuentes oficiales) ya sugieren un pequeño problema elemental: si antes de la revolución una zafra de 5 millones de toneladas exigía el empleo de 400 000 macheteros cortando 400 arrobas al día, ¿cuántos macheteros no profesionales, cortando entre 60 y 80 arrobas por día, serán necesarios para asegurar una zafra de 10 millones de toneladas? Un cálculo tan riguroso arrojaría una cifra tan elevada que demostraría que una empresa como ésta no es factible en un país con 7 millones de habitantes. Felizmente, la mecanización de las tareas relacionadas y la extensión de la zafra en periodos largos han introducido un factor correctivo y permiten descontar, a pesar de todo, el éxito de la zafra de 1970. A condición, claro está, de que todos los cubanos participen en ella independientemente de su ocupación principal y su rango en el aparato productivo (411-412).

René Dumont no se atreve a hacer la cuenta de sus evaluaciones. Sin embargo, en términos aproximados, son las mismas. Pero dejemos a un lado "el pequeño problema elemental" del cual habla Karol. Lo que nos importa es saber lo que esconde.

Para empezar, Dumont y Karol comparan las capacidades físicas óptimas como si el problema se situara no al nivel de la organización sino al nivel de la fuerza muscular, o al nivel de la preparación psicológica. Y esto les induce a su error de cálculo más grave. Si generalmente se admite que un cortador profesional está en condiciones físicas de cortar 400 arrobas al día, de todas maneras conviene notar esta diferencia fundamental entre el presente y el pasado: es que hoy la organización del trabajo es tal que le permite efectivamente cortarlas, mientras que antes de la revolución estaba reducido a no ir más allá de la media de 100 arrobas al día.⁸

Lo que, en el plan estructural, es aún más importante, es que en la comparación entre profesionales y voluntarios, no se toma en cuenta el hecho que los primeros se ven generalmente afectados en el sector mecanizado, mientras que los otros permanecen a menudo en los sectores no-mecanizados. Ahora bien, uno se puede preguntar si el recurso cada vez más masivo a los voluntarios no ha tenido como consecuencia indirecta, pero objetiva, el de constituir un freno poderoso a la mecanización. Esta contradicción que se refiere a la estructura de la producción no puede ser realizada por el tipo de razonamiento hecho por Karol y Dumont.

Esta contradicción no puede seguir apareciendo en virtud de los prejuicios que no cesan de manifestarse bajo su pluma cuando analizan los problemas de trabajo. Para ellos, la productividad del trabajo necesariamente debe ser baja y aun reducirse, si se toma en cuenta la enorme desorganización de la economía cubana. Ahora bien, las cifras mostraron que la productividad no es menos elevada en 1969 que antes de la revolución; el promedio de cortes por machetero se eleva, de hecho, a 110 arrobas por día. Otras cifras disponibles demuestran un aumento en la productividad del trabajo cuando menos durante los últimos años. Así pues, entre 1968 y 1969, la productividad media por hombre habría aumentado en el conjunto de 15% y entre 1969 y 1970 la productividad de los miembros de la Columna Juvenil del Centenario aumentaría en cuanto a ella en 16%.⁹

Por lo tanto, no es seguro que el recurso cada vez más masivo a los trabajadores voluntarios haya afectado la productividad unitaria del trabajo. Por el contrario, creemos que más allá de ciertos límites, las grandes movilizaciones han desencadenado un proceso de rendimiento decreciente bloqueando indirectamente la evolución de la composición de la fuerza de trabajo, es decir, manteniendo una masa de trabajadores demasiado alta en el sector no-mecanizado.

El profesor Dumont se apega naturalmente a las movilizaciones de tra-

bajo, pero su argumentación sigue siendo demasiado superficial. El que, a simple vista, estimaba en julio de 1969 que los diez millones de toneladas de azúcar eran más o menos factibles potencialmente en los campos (109), no se interroga seriamente sobre la razón por la cual los trabajadores habituales no representan más que el 15% de la fuerza de trabajo azucarera. “Los viejos se han jubilado y los jóvenes no se empujan para reemplazarlos, prefiriendo los institutos tecnológicos. Otros se han vuelto soldados, conductores de tractores e insembradores” (109). ¿Qué propone? ¿Cerrar las puertas de los institutos tecnológicos a los hijos de los macheteros y prohibir a los macheteros mismos el acceso a empleos más calificados? Los cubanos nunca han escondido el hecho de que no han considerado el recurso a trabajadores voluntarios como la solución ideal, y ésta es precisamente la razón por la cual han participado en la apuesta azucarera que tenía como miras fundamentales una mecanización de la agricultura azucarera. Es evidentemente más fácil para Dumont rechazar los términos del problema tal como se presentaba a los cubanos, atribuir todo al desorden generalizado y considerar el objetivo de los 10 millones como un “récord deportivo” que “respondía bien a la mentalidad cubana, pero que es difícil de considerar como razonable” (108).

Que el recurso a los trabajadores voluntarios haya tenido consecuencias graves en la composición de la fuerza de trabajo, así como en la pérdida de identidad de clases causada por este inmenso bruceo, parece ser cosa muy probable. Pero ¿existirá otra posibilidad? La desaparición de los macheteros habituales resultaba de la política social adoptada inmediatamente después del triunfo de la rebelión. Ésta tenía por objeto remediar el subempleo generalizado que hacía estragos en Cuba y que era el producto de la estructura del mercado de trabajo basado, como ya hemos visto, en un colchón de desempleo. Al abolir esta estructura, se abolía al mismo tiempo el principal incentivo económico al trabajo en vigor en el régimen prerrevolucionario. Por lo tanto es dudoso que una reintroducción de estimulantes materiales, como propone Dumont, pueda dar resultados apreciables.

La diversificación de la agricultura

Para hablar claramente, lo que se busca saber, no es si el conjunto de la agricultura cubana progresa en términos de aumentos cuantitativos. Aun un cálculo pesimista mostraría que esta producción ha aumentado cuando menos 12% en el transcurso de estos dos últimos años. Lo que cabe precisar es el estado de salud —estructural— de los otros sectores agrícolas. ¿La opción azucarera ha hecho estructuralmente posible una diversificación de la agricultura? ¿Qué sentido debe atribuirse al fracaso de la “batalla simultánea” de este año? ¿Hay que relacionarlo, como lo hace el Primer Minis-

tro cubano, a dificultades —completamente conjunturales— ligadas a la insuficiencia de los medios de transporte, que fueron acaparados por el sector azucarero después de serios problemas industriales que se les aparecieron? ¿Se debe a la insuficiencia de las fuerzas de trabajo imputable a las movilizaciones masivas destinadas al sector azucarero? ¿O hay que ver allí la manifestación de una deficiencia más profunda que haría toda diversificación estructuralmente imposible?

La ganadería que, en el siglo XVIII, determinaba a la vez la estructura agraria y la estructura de clases —¿acaso no se califica la sociedad de esta época de “hateros” — representaba aun de 1963 a 1966 alrededor del 40% de la producción agrícola cubana.¹⁰ Hoy, sigue siendo el sector más importante después del azúcar y ha sido objeto de una de las revoluciones técnicas más espectaculares en el plan genético y agrícola. René Dumont nos suministra aquí indicaciones preciosas: “. . . las terneras Fl nacen en masa, por inseminación artificial, de vacas cebú; habría 500 000, que van a entrar en producción en 1970” (87). Si esto parece ser insuficiente para cuadruplicar la producción de leche en dos años, como lo prometía el líder cubano en 1968, sin embargo se podrá “lograr mucho progreso, que tiene muy pocos precedentes en la historia agrícola” (88).

La revolución no es solamente de orden genético, también tiene miras a transformar un pastoreo extensivo, a menudo ligado con el latifundismo azucarero, en pastoreo intensivo. Aquí los comentarios críticos de Dumont no faltan, y, cuando habla de cercados dementes del plan “Triángulo”, uno tiene la tentación de seguirlo.

Dumont otorga sin embargo, un premio a Fidel Castro por haber juiciosamente acentuado el aspecto de hidráulica, la inseminación artificial y la extensión del pangola. Está contento de ver que han seguido sus consejos.

El profesor Dumont saluda la revolución técnica en la producción de arroz, tercer sector agrícola cubano, con la adopción de la variedad IR8, con rendimiento muy alto. Su diagnóstico sobre la progresión del manejo de los arrozales —progresión fulgurante puesto que las superficies cultivadas rebasan de 40 000 hectáreas en 1966 a 117 000 hectáreas en 1969, y deberían alcanzar las 170 000 en 1970— parece ser correcto. En este ámbito, los cubanos recurrieron a las técnicas más modernas —notablemente la aviación—, pero fueron mal controladas; las superficies han sido frecuentemente explotadas en condiciones pésimas y la producción por hectárea no siempre ha logrado los resultados esperados.

La ganadería y el arroz son producciones que no requieren de mucha mano de obra que se integra bien en la estrategia de mecanización de la agricultura. Otros sectores, de menor importancia, no tienen esta misma característica. Los productos clásicos, como el tabaco, no presentan este problema específico, puesto que están ligados a la capa de los campesinos

que cultivan en escala pequeña. Por otra parte, uno se puede preguntar, como lo hacen Dumont y Karol (65-428), sobre la oportunidad de desarrollar la producción a gran escala de agrios para la exportación, puesto que este sector es difícil de mecanizar.

En general, sin embargo, la estrategia de diversificación recibe gracia ante Dumont, no solamente en la elección de los sectores sino también en la organización de los planes especializados. Sus críticas se relacionan sobre todo a las modalidades de aplicación y en este plan tienen peso. El capítulo que se dedica al costo de la precipitación contiene un número determinado de críticas pertinentes. ¿Acaso no es responsable de lagunas graves constatadas en los plantíos de frutas de la Isla de la Juventud, de la debilidad de los plantíos de plátanos en el valle de Cauto del abandono de la producción de productos primarios para la exportación en los mercados de Europa Occidental? En fin, su apreciación sobre el Cordón de La Habana merece reflexión en vista de las restricciones muy severas en verduras que conoce la capital.

¿Militarización de la agricultura?

Por otra parte, los argumentos de Dumont carecen singularmente de seriedad cuando critica los costos elevados de la puesta en marcha de la agricultura cubana y en particular cuando se refiere a la brigada de invasión "Che Guevara", este ejército de tractores pesado y de *bulldozers*, que tiene como misión roturar la tierra que nunca ha sido cultivada. Sin duda alguna tiene razón en advertir a todos los dirigentes cubanos contra los peligros de la erosión eólica y de la destrucción subsiguiente de "la tierra vegetal superficial, rica en residuos orgánicos". Pero cuando lamenta que "esta brigada corta en pedazos su nuevo enemigo, la naturaleza, tirando abajo indistintamente todo lo que logra el encanto de la isla, alabado principalmente por Cristóbal Colón y A. Humboldt" (147), uno cree estar en un ensueño. ¿Cómo puede equiparar su gusto del exotismo y el control de la naturaleza, control tan indispensable para quien desea minar definitivamente la estructura de los cultivos ligados al latifundismo? El aumento del 56% del área cultivada, sin embargo, tiene o ha tenido un papel decisivo en la estrategia del desarrollo simultáneo del sector azucarero y de otras ramas agrícolas. Uno queda completamente confuso ante el argumento que consiste en buscar en esta dominación quizás brutal de la naturaleza, la raíz de la militarización de la agricultura cubana.

De hecho, ¿por qué giro mágico, Dumont, al igual que Karol antes, nos hace aceptar su tesis sobre la militarización? La convicción de Dumont se ha forjado desde el momento en que desembarcó en la Isla de la Juventud: allá, un cartel que "representa un soldado con casco, con vena

yugular, dominando al hombre joven y a la mujer joven que lo enmarcan”, lo ha impresionado a tal punto que ha llegado a la conclusión siguiente: “Esto se hace cada vez más claro: es el ejército quien tiene el cargo de transformar la sociedad; corre el riesgo de transformarla en una sociedad militar” (121). Se comprende que Dumont haya guardado un recuerdo pésimo del periodo cuando “*Trouffion* debería barrer el patio del cuartel” (123). Pero lo que no se comprende es cómo pueda inferirse que, por estas observaciones sobre la brigada de invasión “Che Guerava”, “todos los puestos ahora son confiados al ejército” (146).

Sin duda alguna, el ejército controla los sectores donde participa en la producción; sin duda alguna, la enseñanza tecnológica depende del Ministerio de las Fuerzas Armadas, cosa que permite integrar el servicio militar en los años de estudio; pero fuera de esto, los 4/5 de la economía cubana siguen dirigidos y controlados, si no siempre, por civiles —¿Fidel Castro acaso no es un militar?—, cuando menos por cuadros normales del partido y de la administración.

A fin de cuentas, ¿qué entiende Dumont por militarización? ¿Será acaso que el conjunto de la economía está controlado por las fuerzas armadas, pero sabe muy bien que los “puestos de mando” de los planes dependen de la antigua administración del INRA, de la Junta Central de Planificación y del Partido Comunista Cubano? ¿O acaso el trabajo está controlado en forma completamente autoritaria? Pero ¿él mismo no asegura, tomando en cuenta un arranque de la esposa del Che Guevara, que “esto se parece más bien a un *picnic* que a una guerrilla”?

Karol parece ser más lúcido cuando ironiza sobre la jerga militar utilizada en la organización de la producción. No obstante, al leer su libro de nuevo, funda su análisis principalmente en esta jerga militar, al analizar la militarización. . . y claro está su análisis sobre el acercamiento con la Unión Soviética. Que Karol crea poder trazar una analogía con el periodo de los años 30 en la URSS es cosa suya, pero cuando deduce un argumento para pretender que Cuba se organiza en sociedad militar, uno quisiera que nos diera elementos inductivos de apreciación. Acaso es su antisovietismo el que le impide seguir el análisis muy justo que hacía en relación a la insuficiencia de la participación de los trabajadores en las decisiones y la debilidad del papel de los sindicatos. Se diría que a partir de 1968, todas las dificultades de la democratización de la vida política y económica que atribuía antes a las características específicas del socialismo cubano, desaparecen para no ser más que el resultado del giro diplomático. Ahora bien, uno hubiera querido explicar este cambio en función de la estructura interna de la sociedad cubana, pero Karol se contenta con mostrar las incoherencias dialécticas del pensamiento de Fidel Castro, cuando se hizo el análisis del discurso en relación a Checoslovaquia. En resumen, a

pesar de sus conocimientos profundos sobre la Revolución cubana, se obstina en concentrar su argumento en el plan de las relaciones internacionales. Es a partir de Moscú y de Pekín como la juzga; las relaciones con Moscú garantizan un nuevo lazo en el proceso revolucionario. En realidad, uno tiene derecho a temer ese tipo de razonamiento por analogía cuando se constata que para Karol, Cuba evoca la URSS de los años 30, mientras que a Dumont le recuerda más bien la "línea general" china de 1958 (135). Es una pena que en el momento de abordar los problemas cruciales que Cuba enfrenta en la organización de las relaciones políticas, tanto Karol como Dumont disimulan la especificidad detrás de esta noción bien confusa de la militarización.

Las capas privilegiadas

Dumont y Karol se ponen de acuerdo para lograr la atención de los dirigentes cubanos sobre los límites soportables del régimen de austeridad; en esto se unen a las advertencias de Sweezy y Huberman. Ambos también concuerdan en la denuncia de las desigualdades que subsisten en la sociedad cubana. Tampoco dejan de ser generosos en sus invectivas contra los clientes de los restaurantes de lujo y los técnicos y visitantes extranjeros que disfrutaban de todo tipo de comodidad. Si Karol hubiera frecuentado las hileras de restaurantes más modestos y cafeterías, esto le habría permitido tener un criterio menos marginal sobre la modalidad de consumo de las élites (429). De hecho ¿cuál es la clientela de estos restaurantes donde se come no solamente "lo que hay" sino "todo lo que hay".

La respuesta es sencilla: por lo general, todos aquellos que no se benefician de los suplementos en su tarjetas de raciones. Pero ¿hay que considerar que estos últimos son los privilegiados como lo insinúa Dumont? No hay nada menos cierto. Uno de hecho se sorprende al leer que dar comidas en las cafeterías —además de las tarjetas de raciones— a los obreros, los trabajadores de granjas, los voluntarios o profesionistas y a los escolares, es decir, a todos aquellos que participan directamente en el esfuerzo productivo, acentúa las desigualdades (85). Uno se sorprende de verlos escandalizados porque los obreros calificados de la brigada "Che Guevara" ganan 160 pesos al mes, los albergan, alimentan y cuidan, mientras que los trabajadores comunes de las "granjas" y de las plantas ganan de 85 a 120 pesos (146). También uno se sorprende porque de otra parte se convierte en defensor ardiente de la reintroducción de estímulos materiales.

El problema de las capas privilegiadas no se puede evidentemente reducir a estas dimensiones. Sin duda alguna, Dumont hace bien en atacar a los privilegiados que conducen un Alfa Romeo, porque esto ha tenido, en todos los estratos de la población, un efecto psicológico deplorable. Pero a

uno le hubiera gustado que llevara más allá su análisis, puesto que es evidentemente inexacto que estos vehículos sean distribuidos gratuitamente a los que son fieles al primer ministro; en principio, están ligados a organismos públicos.

Habla de luchas de clanes, que se oponen notablemente a los comandantes surgidos de la Sierra, a los militantes formados por el Partido Comunista tradicional (176). Por otra parte, habla de “una casta dirigente, ciertamente cuidando de los trabajadores, de los pobres, pero en un sentido a menudo paternalista” (193). ¿Pero qué lazo establece entre estos clanes de la casta dirigente y la militarización? Parece asociar el grupo de los comandantes con la militarización (176); pero si entiende por militarización la formación de brigadas a base de presiones políticas en las unidades de producción, ¿acaso no debería buscar los cuadros de la militarización entre los rangos de los militares del partido?

Dumont cree poder distribuir los regímenes cubano, ruso y chino en la categoría de “protosocialismos de burocracia militar” (196). En esto, entra en contradicción con Karol. Esto no tiene mucha importancia, porque ni el uno ni el otro logran destacar la naturaleza de la clase dominante que debería surgir de una sociedad militar. El análisis de Karol por analogía lo abandona en el momento mismo en que llega al corazón del problema. El que produce un análisis original de la historia del Partido Comunista desde 1925 y que es el Caballo de Troya de la influencia soviética en Cuba durante el periodo que él denomina “miniestalinismo”, está obligado a admitir durante el proceso de la microfacción en 1968 que la vieja guardia ya no tiene poder político (467). Por el contrario, son hombres como Armando Hart, quien nunca ha sido miembro del PSP, quien preconiza que se haga un estudio minucioso de la historia de la URSS (515). Sin duda, tiene razón para creer que los militantes de las Juventudes Comunistas y del Partido se han formado en la escuela de los manuales de marxismo estilo soviético, pero aquí también su análisis se hace deficiente, puesto que a fin de cuentas habla más del vacío institucional que de la burocracia del partido. Uno no puede tener motivo de queja contra él, puesto que así regresa el estudio de la realidad específica de las relaciones políticas en Cuba. No obstante, hay que constatar que en vez de confrontar la realidad y la evolución de la Revolución cubana con los problemas del mundo comunista, yuxtapone dos tipos de explicaciones que no logra reconciliar.

¿Se ha liberado definitivamente Cuba de su antigua oligarquía? ¿Ha podido eliminar los comportamientos específicos de esta clase, es decir, la transferencia de utilidades al extranjero o su reinversión en los sectores especulativos y comerciales? Parece ser que sí, y lo que hemos dicho sobre las relaciones de producción, simplemente lo confirman. Esta constatación sin embargo no nos puede dispensar de toda interrogante sobre los hombres

en el poder en Cuba: ¿acaso no se ve el nacimiento de una nueva clase dominante? Después de haber calificado la sociedad cubana como militar, autoritaria y jerarquizada, uno no se sorprende de que Dumont y Karol hayan aportado simplemente un comienzo a esta respuesta.

Ambos se interesan también en otras capas sociales en su cacería contra los privilegios, pero no están de acuerdo cuando se trata de identificar a quienes benefician dichos privilegios.

Para Karol, por ejemplo, se trata de los campesinos. Cuenta unos comentarios de Fidel: “Usted no tiene cara de querer a los campesinos individuales, ¿eh? ¿Hubiera querido usted que los fusilara? ¿Hay que fusilarlos?” (348); Karol manifiestamente tiene miedo de que surja una nueva clase de *kulaks*. Para Dumont, por el contrario, los campesinos son progresivamente desposeídos de sus tierras y cita las conversaciones que ha tenido, las cuales le hacen decir “que una nueva fracción de la opinión campesina está en vías de unirse a la oposición del régimen, que esta vez no teme atacar a los pequeños” (91).

Por profesión, Dumont tiene una profunda simpatía por los campesinos y se le comprende. Sin embargo, sus criterios se integran en una apreciación global que no deja de repetir a través de su libro. ¿Por qué han abandonado tan totalmente en Cuba la utilización de estímulos materiales, y por qué quieren en la actualidad quitarle la única capa que había permanecido sensible: los campesinos? De hecho, nunca ha aceptado el carácter completamente original de la Reforma Agraria cubana. El gran favorecedor de los distintos socialismos quisiera ver pasar a todas las sociedades socialistas por la fase de las cooperativas. Y aun cuando invoca continuamente a Carlos Rafael Rodríguez para preconizar un retorno a los estímulos materiales, no se percata del hecho de que éste había sido precisamente el defensor entusiasta y el artesano de las granjas populares y del Estado en vez de cooperativas.¹¹ Dumont no quiere reconocer las condiciones específicas de la agricultura cubana, donde los campesinos solamente representan una parte muy reducida de la población rural ante una masa considerable de semiproletarios rurales (200 000 sobre 838 000 personas activas). ¿Había que dar tierra a estos trabajadores que por lo general no tenían lazos algunos con ésta y que a menudo pasaban la estación muerta en el medio urbano? Sin contar que esto habría sido una regresión en el proceso de radicalización de la revolución, se puede pensar, sin riesgo de equivocarse, que estos trabajadores agrícolas, por falta de experiencia y de interés, habrían sido incapaces de desarrollar una producción agrícola, cuando no hubieran abandonado, simplemente, los campos para buscar puestos más calificados en las ciudades. La nostalgia yugoslava (142, 195) de Dumont pesa muy fuertemente en su apreciación de la agricultura cubana, como cierta concepción de China pesa en la de Karol.

Organización del trabajo y participación

Precipitación, improvisación, desorganización del trabajo, son palabras que se repiten en todas las páginas. Es para remediar esto que la militarización se impondría. Cuando no se hace que sea el resultado de un defecto personal de Fidel Castro, la desorganización aparentemente siempre se atribuye a la psicología cubana. ¿Acaso esto no es abrir una gran brecha a los prejuicios fáciles que reinan en cuanto al subdesarrollo? Es hora de poner de pie el análisis.

La desorganización del trabajo es una consecuencia de la dificultad que enfrentan los cubanos para establecer nuevas relaciones de producción, no es la causa. No sirve rechazar todo en bloque bajo la pesada herencia pre-revolucionaria. Hay que analizar. Como lo han repetido muchas veces los dirigentes, el mecanismo fundamental de la economía cubana antes de la revolución era el hambre. No porque aquellos que no quisieran trabajar estuvieran en la miseria, sino porque cientos de miles de trabajadores buscaban trabajo en vano. El conjunto de los mecanismos del mercado estaba profundamente deformado. Esta deformación tenía dos polos, por una parte, el desempleo, por otra, el parasitismo y la corrupción. Ya hemos visto que lo que incitaba a los trabajadores agrícolas al trabajo, era el miedo de regresar a este gran colchón de desempleo. Inversamente, lo que daba acceso al bienestar no era el trabajo sino la participación en un conjunto de funciones parasitarias como se ve por todas partes en América Latina y en una red de corrupciones más desarrolladas en La Habana donde proliferaba una mafia de origen americano.

La llegada al poder de los guerrilleros no podía resolver por sí sola todos los problemas que presentaba el desarreglo de las relaciones comerciales. Para empezar, la deformación estructural de la economía, que se caracterizaba por una imposibilidad de diversificar la agricultura y seguir más adelante la industrialización del país, impedía la creación de nuevos empleos productivos. Todo, sin embargo, se hizo para responder a las expectativas populares, y dar a cada quien un medio de subsistencia que no se pudiera viciar por los mecanismos deformados del mercado. Los bienes de subsistencia distribuidos fueron ante todo bienes sociales, es dentro de este marco que se inscribían la campaña de alfabetización y el enorme esfuerzo de educación, la reforma urbana, el desarrollo de un servicio de salubridad moderno, la gratuidad o casi-gratuidad de los servicios como el teléfono y los medios de transporte urbano, etcétera... Al mismo tiempo que se suprimía la presión del hambre, se realizaban las inversiones de base, que pesarían mucho sobre la estructura de la población activa en el momento en que los empleos directamente productivos se crearan progresi-

vamente. Esto es lo que el Primer Ministro cubano ha señalado en su famoso discurso de la autocrítica.

Era necesario, igualmente, suprimir el otro polo de la deformación de las relaciones mercantiles: la atracción de funciones parasitarias en particular en el comercio. Solamente en 1968 se tomó la decisión de nacionalizar todo el comercio. Esto es el resultado de la toma de conciencia de los dirigentes cubanos de que esta masa parasitaria constituía un refugio para los elementos contrarrevolucionarios y despreciaba literalmente a los trabajadores que participaban en el inmenso esfuerzo productivo. Si se puede criticar esta nacionalización, así como sus consecuencias ideológicas —el desprecio ficticio del dinero—, en cualquier caso no se puede perder de vista su importancia primordial en el arreglo de los mecanismos de reclutamiento del trabajo.

Estos últimos, como se sabe, no son económicos: no hacen un llamado sistemático a los estimulantes materiales (excepto la distinción entre los estímulos materiales y morales que es sobre todo artificial). Sin juzgar de antemano casos particulares, se puede dudar de la eficacia que dichos estímulos habrían podido tener cuando uno recuerda la deformación de las relaciones mercantiles. Las relaciones sociales que hayan podido empujar a los cubanos a trabajar eran de naturaleza política. No se puede decir que estas relaciones políticas sean desarrolladas plenamente. Lo que sí es común es el uso generalizado de lemas productivistas haciendo un llamado sin mediación a la conciencia revolucionaria, o más precisamente a los lazos del pueblo con la revolución. No se puede decir que estos lemas no hayan dado resultados; es prematuro, lo hemos visto, hablar de la baja de la productividad unitaria.

Por otra parte, es probable que el uso de estímulos, a pesar de ser burdos, haya frenado el establecimiento de relaciones de producción socialistas. Las nuevas relaciones sociales deben recibir apoyo en una mecanización de la agricultura, es decir, sobre el desarrollo considerable de las fuerzas productivas. Ahora bien, se puede pensar que al contrario, en ciertos casos, la ausencia de estímulos objetivos a la producción (es decir, que resulten de las relaciones sociales de producción) hayan reducido el avance de las fuerzas productivas. Lo que se observa es una yuxtaposición de las fuerzas de trabajo y de los instrumentos de producción a menudo muy modernos, sin que entren en las relaciones técnicas de producción. Sin duda era una consecuencia inevitable del recurso a los trabajadores voluntarios, aunque parece que este efecto deplorable no haya sido ejercido sino hasta el límite —al margen—, pero en particular cuando ocurre la “zafra” gigante de este año.

El establecimiento de nuevas relaciones de producción fue bloqueado por la insuficiencia del desarrollo de las fuerzas productivas, cosa que se tra-

ducía en una desorganización del trabajo. Pero nuevas relaciones de producción habrían podido, por otra parte, corregir esta insuficiencia si se hubieran verdaderamente puesto en marcha medios políticos adecuados. Sin duda alguna es una de las lecciones que han aprendido los líderes cubanos de su experiencia desafortunada, si uno toma en cuenta los llamados repetidos desde el 26 de julio para la participación de las masas en las decisiones económicas. Sería superficial aplaudir esta nueva orientación sin preguntarse sobre los motivos de su adopción tardía. Solamente un análisis de la estructura de clase de la sociedad revolucionaria cubana puede dar las bases de una respuesta a esta interrogante.

Aquí no se puede tratar de emitir algunos comentarios, revisando las distintas capas de la sociedad cubana. Comencemos por esta capa de semi-proletarios rurales que, antes de la revolución, *constituía* el grueso de la fuerza de trabajo. Eran proletarios en la medida en que *constituían* una masa de asalariados, involucrados en las relaciones de producción capitalistas, tenían una tradición de lucha sindical y política muy sólida que se manifestaba una vez más en la gran huelga azucarera de 1955. Lumpen-proletarios, lo eran también porque durante la estación muerta entraban en el circuito de ocupaciones parasitarias. Objetivamente, *constituían* un núcleo de fijación para el desarrollo de un proletariado, cosa que no es insignificante si se quiere instaurar una dictadura del proletariado. Sin embargo, sólo formaban este núcleo en el cuadro del mercado de trabajo tal y como existía antes de la revolución, cuando el temor al desempleo incitaba al trabajo. Cambiar el mecanismo de reclutamiento de la fuerza trabajadora significaba al mismo tiempo diluir esta fuerza política potencial.

Sin duda alguna, los semiproletarios rurales no forman la única capa sobre la cual un Estado proletario se puede apoyar. Existe un proletario industrial no negligible. ¿Pero qué sucede con el sentimiento de clase de los obreros industriales en una estrategia del desarrollo donde la prioridad absoluta se da a la agricultura; y donde La Habana —ciudad en la cual se concentra una parte importante de los trabajadores— se considera como “ciudad podrida”? Las grandes movilizaciones de voluntarios —en vez de crear la alianza entre campesinos y obreros industriales— ¿acaso no han diluido a su vez el otro núcleo del proletariado?

En cuanto a los campesinos, Dumont sin duda tiene razón en ver en ellos una clase social que permanece reacia a la revolución. Esto no excluye la posibilidad que sea clase privilegiada. De hecho, más bien que asociarse a las fuerzas de trabajo urbanas, drenadas por las grandes movilizaciones, los campesinos a menudo han descargado el trabajo en ellas, aunque su situación no los obligaba.

Una capa social que no está fijada en el proceso de la producción ¿acaso puede formar una clase social y ejercer sus prerrogativas políticas, hacer

posible una participación de los trabajadores en las decisiones económicas? Ésta es la pregunta que uno se hace en 1970. Sin embargo, no presupone el futuro, puesto que las movilizaciones de voluntarios nunca se han considerado como cosa que no fuera una etapa transitoria, deberían dejar su lugar a una fuerza de trabajo dentro de una nueva agricultura mecanizada. No presupone el futuro, porque los dispositivos de la "zafra" gigante deben permitir que la industrialización se inicie. En fin, esta pregunta no presupone el futuro, puesto que hoy en día la infraestructura, tanto física como técnica y humana, se ha liberado en gran parte del capitalismo deformado. Y aun si el arraigo de las masas a la revolución permanece hasta ahora en un vacío ideológico e institucional, constituye un capital inapreciable para un nuevo paso hacia adelante.

¹ *Organisation et rapports de production dans une économie de transition*, Cuba, París, Centro de Estudios de Planificación Socialista, 1967.

² *Lettres sur quelques problèmes actuels du socialisme*, París, Maspero, 1970, p. 33.

³ Dumont, R., *Cuba est-il socialiste?* París, Scuil, 1970. Karol, K. S., *Les guerriers au pouvoir*, París, Laffont, 1970.

⁴ *L'Agriculture socialisée à Cuba*, París, Maspero, 1967.

⁵ *Le socialisme à Cuba*, Anthropos, 1970.

⁶ *Problemas que plantea a la industria una zafra de 10 millones de toneladas de azúcar*, abril, 1965, 44, pp. 10-30.

⁷ 15/5-1970.

⁸ Hugo Vivó, *El empleo y la población activa de Cuba*, La Habana, Publ. de la Asociación de Industriales de Cuba, 1950.

⁹ *Bohemia*, 10 de octubre de 1969/22 de mayo de 1970.

¹⁰ Aranda S., *La revolución agraria en Cuba*, México, Ed. Siglo XXI, 1969, p. 46.

¹¹ *4 años de Reforma Agraria*, p. 7.